

El arca insomne

Hernán Lavín Cerda

Las noches del calígrafo

Conaculta (Sello bermejo), México, 2001

Josu Landa

Saber dormir es un arte. Poner la noche al servicio del arte es también un arte. Es difícil precisar si esta última es superior a la otra o viceversa. Lo que sí se puede asegurar es que, sin la exasperante complicidad del insomnio, la sepultura del silencio se habría tragado a genios y figuras como los de Nietzsche, Ramos Sucre o Cioran, y quién sabe cuántos más de similar calado. Con *Las noches del calígrafo*, el poeta Hernán Lavín Cerda demuestra con creces su pertenencia a ese linaje de los fecundos noctívagos de la palabra.

La noche es siempre uno de los rostros del abismo, la temible flor de una profundidad infinita, cósmica. Corola invencible, desvanecedora de los afanes cotidianos de Apolo. Negro cáliz devorador de luz y formas. Y el insomnio se ofrece como arduo pasadizo a esa mar como de un néctar oscuro; como la ocasión de unos ojos ahora poblados de otras filigranas y fulgores: bien sea el vuelo hambriento del murciélago o el sereno deslizarse del búho de Minerva, bien la córnea vidriosa del triste o el despliegue de los cuerpos en busca de los cuerpos; la discreta epifanía en medio del silencio provisional del mundo o la pequeña victoria contra las crueldades del tiempo; el fuego frío de una estrecha o el señuelo inquietante de la página en blanco, que en este caso puede tener la carne de la noche misma; porque, como confiesa nuestro poeta: "Escribo sobre el cuerpo de la noche".

La noche es también la circunstancia en que acontece la pelea con el ángel y, al menos en lo que toca a la hechura de este libro, el insomnio viene a ser la intersección de las más altas horas con la memoria, con la escritura, con la lectura, con la conversación. Memoria como pasado trasunto en cuerpo presente, por medio de la fe en la imagen interior, en las apariciones. Memoria como negación de la muerte. Memoria como revelación de la verdad de que los "poetas no mueren sino resucitan". Y, como entre las ventajas del insomnio está la duplicación de la intensidad de una vida consagrada a la literatura, se entiende por qué Hernán Lavín Cerda se nos revela

como un lector oceánico, que paso a paso anuncia al que ya viene siendo un escritor igualmente oceánico.

Lo primero que uno otea en las páginas de *Las noches del calígrafo* es un extenso y vigoroso testimonio de reiterados encuentros de su autor con las vidas y obras de algunos de los más eminentes poetas de América latina de los últimos tiempos. Digo "poetas" en el sentido a la vez amplio y radical de la palabra: como creadores, como hacedores de lo bueno en lo bello y de lo bello en lo bueno. Ésta es un arca de instantes vividos intensamente con Braulio Arenas y Octavio Paz, con Sabines y Darío, con Rulfo y Nicanor Parra, con Efraín Huerta y Huidobro, con Pellicer y Neruda, con Lezama y Pablo de Rokha... Éste podría llamarse, a lo Gracián, "guardajoyas de la memoria", podría ser visto como la suma de un ejercicio crítico, siempre y cuando se entendiera por "crítica" una conversación con otro, el encuentro con un interlocutor, que tiene mucho de lo que ya es el crítico: "Cuando un poeta habla de otro —sostiene Lavín— habla también de sí mismo". Y, al poner en práctica su propia máxima, nuestro autor confirma la exactitud de la institución de Schlegel, en el sentido de que "los espíritus sólo se muestran a los espíritus". Por eso, puede decirse que estas prosas hernanianas son un avatar de la poesía hernaniana: la misma humanidad de palabra presente en el muestrario poético *La sonrisa del lobo sapiens* —pongo por caso—, aunque por otros medios. También la misma singularidad, el mismo anclaje en lo personal,

único e irrepetible, que por lo mismo da cuenta abierta y fecunda de una universalidad vital, de un registro de vivencias que remite a toda una tradición poética y humanística de alcance planetario o más bien cósmico, aunque se fije de modo privilegiado en las inmensidades de estro acotadas por las lindes de Chile y México, las dos patrias directas, los dos estribos de tierra en que se yergue la figura de nuestro poeta. Veamos en ello un prodigio benéfico, una estribación amable de la historia –cosa más bien rara– en el cuerpo del perpetuo extranjero que encarna nuestro poeta: la conjunción de la chilena “locura como poesía visionaria, iluminación o desliz profético” –como lo llama él mismo– con la irónica “licantropía” que arrambla, aquí y allá, a lo largo de todo un continente.

Ciertamente, la clave del sentido de *Las noches del calígrafo* se halla en el epígrafe de Alfonso Reyes, al principio del libro. Se evidencia, pues, toda una intención en el hecho de que Hernán haya recurrido a él y le haya permitido expandirse a sus anchas. Allí, el gran regiomon-tano nos recuerda nuestra condición de “extraño engendro polar”; que la cifra del hombre es una dualidad contradictoria y siempre viva, con mil caras; que, en definitiva, somos –como ya lo había visto antes Unamuno– acción y contemplación, izquierda y derecha... y, sobre todo, poética y crítica. Este nuevo libro de Hernán Lavín Cerda asume esta verdad que, en sus manos, se convierte en premisa y método de acercamiento a un otro marcado por el fuego bendito de la poesía. De ese modo, logra una obra cálida y radicalmente humana: confirmación de aquella célebre vislumbre de Cardoza y Aragón –otra presencia en los hilos de este texto–. La poesía es la verdadera prueba de la existencia del hombre.

Por lo demás, esa humanidad constitutiva de este libro se ve acendrada por una contingencia histórica que, en su caso, adquiere el rango de determinación necesaria, es decir, insoslayable: el exilio. Es obligado reparar en la condición de doble exiliado que signa a Hernán Lavín Cerda. Obligado, porque en ello le va el ser y el sino. Un mismo verbo habla aquí de quien tuvo que abandonar amargamente su patria primera y del poeta que, por el

simple hecho de serlo –como sugiere Angelina Muñiz–, sume sus raíces en la palabra: esa tierra a la vez extraña y propia, por ser más tierra que la de origen y la de destino. Aquí, entre nosotros, casi en silencio, con una modestia exagerada y encubridora, el también autor de *Adiós a las nodrizas o el asombro de vivir* ha tenido ocasión de demostrar que es un hombre de la estirpe de Dante, Stefan Zweig, Martí, Unamuno, Walter Benjamin, Cernuda y tantos otros que han enriquecido el mundo de la estela de tinta luminosa que dejaron tras su paso inquieto más allá de sus fronteras.

Cuenta la leyenda –es decir, la verdad “que debe ser leída”– que Lavín optó por el exilio cuando, en aquel aciago 11 de septiembre de 1973, vio en la televisión las duras caras de los integrantes de la junta de sátrapas que se adueñó de Chile a sangre y fuego, bajo la conducción del inefable A. Pinochet. Un gesto que pone en evidencia no sólo un olfato fino como pocos, sino toda una sabiduría fisiognómica, confirmada en su certeza desde las primeras fechorías cometidas por los fascistas y refrendada durante toda una noche de demasiados lustros. Pero, además, en la raíz de esas virtudes civiles está la bondad de quien se negó a añadir más sufrimiento al ya existente, incluso desde una noble indignación plenamente justificada. En ese fondo yace, en suma, la bonhomía de quien vio en el cultivo cuidadoso de la mejor poesía uno de los más efectivos antidotos contra el oprobio inherente a toda dictadura. Esta arca insomne que nos entrega ahora Hernán Lavín proviene, entonces, de una inestimable conjunción de los más terribles desig-nios de la historia, con la humilde carne del poeta fiel a sí mismo, en el crisol de una memoria ajena a la vindicta y aun a extremos más a la mano como la aflicción melancólica y victimista. Por eso está poblada por unos recuerdos que, según declaración propia, “nacen por un acto de amor”.

En definitiva, algo que también pone en evidencia *Las noches del (hermano lobo) calígrafo* –perdón, pero ciertas palabras nunca están de más– es que no sólo de poemas vive la poesía. Me refiero, claro está, a lo que común y restrictivamente se entiende por “poema”. ❧

Directorio

Dirección	Ricardo Pérez Montfort
Coordinación editorial	Horacio Ortiz
Edición	Isaac García y Javier Bañuelos
Diseño	Miriam Aguirre
Publicidad y ventas	Jazmin Flores Yarce
Corrección	Mario Carrasco Teja

AL PIE DE LA LETRA es una publicación que se encarta junto con la revista *Universidad de México* sin costo. ISSN en trámite. Certificado de licitud de título en trámite. Certificado de licitud de contenido en trámite. Reserva de uso exclusivo en trámite. Impresión: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa.

Oficinas de la revista: Lado Poniente del Estadio Olímpico, Ciudad Universitaria, CP 04510, México, D.F. Tels. 5616 2422, 5616 7211. Correo-e: reunimex@servidor.unam.mx
Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. AL PIE DE LA LETRA acepta reseñas de novedades editoriales nacionales y extranjeras con una extensión no mayor a tres cuartillas (5700 caracteres).